

Daniel Cuellar (Postrgaro)

Tengo que confesar que, en este preciso instante mientras escribo estas palabras, afloran en mí una plétora de sentimientos y emociones a causa de una ligeramente triste, pero a la vez reconfortante nostalgia, pues fue justo hoy, hace exactamente 5 años, que arribé a este majestuoso y deslumbrante país llamado Japón.



Al ver hacia atrás, reflexionar sobre el largo camino que he recorrido hasta ahora y recordar ese sinfín de maravillosos momentos e inolvidables experiencias, aún no puedo evitar pensar que estoy viviendo en carne propia una fantasía que antes sólo existía en mis sueños. Sí, así de indescriptible y fascinante es este lugar.

Mi interés por Japón inició desde muy, muy pequeño, pues mientras muchos niños se entretenían viendo “Los Picapiedras”, “Los Supersónicos” y las demás caricaturas estadounidenses tan populares en esos tiempos, yo no tenía ojos para otras caricaturas que no fueran “Mazinger Z”, “Astro Boy”, “Dragon Ball”, “La Liga del Dragón”, “Ulises 31”, “Sailor Moon”, “Los Caballeros del Zodíaco”, “Ranma ½” ... Y así podría continuar nombrando muchísimas más caricaturas que marcaron e hicieron de mi infancia una tan memorable y especial.

Mi fascinación por el “anime” me llevó rápidamente a descubrir y adentrarme al mundo del “manga”, luego al de los videojuegos, después al de los “dorama” y películas japonesas... Eventualmente y sin siquiera detenerme a pensar en ello, me encontraba practicando karate en un “dojo” cerca de donde vivía, escuchando música japonesa todo el día, estudiando el tan temido y complicado lenguaje japonés... En fin, eran pocos los hobbies que tenía en ese entonces que no estuvieran de alguna forma relacionados con Japón. Sin embargo, en ese entonces no eran más que eso: sólo pasatiempos.

Con el pasar de los años, terminé mi bachillerato general y empecé a estudiar la licenciatura en Contaduría Pública en la UCA en el año 2005. Al cabo de 2 años de haber empezado mi carrera, al mismo tiempo comencé a trabajar en el área de contabilidad, luego en auditoría interna y posteriormente en auditoría externa. Para el 2011, año en el que finalmente me gradué de la universidad, me encontraba trabajando en una bastante grande y reconocida firma de auditoría y consultoría. Sin embargo, impulsado por mi deseo de un mayor crecimiento profesional, siempre tuve en mente continuar con mis estudios de post-grado, con la diferencia que esta vez mi ambición académica iba un poco más lejos: quería estudiar una maestría en el extranjero.

Fue así como vi la oportunidad ideal para alinear los que eran en ese entonces los dos mayores deseos de mi vida: uno, tener la experiencia de estudiar fuera de El Salvador, y segundo, vivir en el país que desde pequeño tanto había añorado visitar. Con todo esto en mente y con mucho esmero y determinación, decidí

prepararme y aplicar a una de las becas de postgrado “Monbukagakusho”, la cual, después de un largo y demandante proceso, me fue finalmente otorgada.

Recuerdo perfectamente el día que arribé a Japón aquella noche de Abril del 2013. Desde el momento en que abordé el avión hasta el momento en el que salí del aeropuerto, pude apreciar de primera mano la hospitalidad y gentileza que tanto caracteriza a los japoneses, siempre dispuestos a ayudar sin siquiera pedirlo, siempre prestando atención a los más mínimos detalles, siempre respondiendo con una reverencia acompañada de una cálida sonrisa.

No pude haber llegado a Japón en un mejor momento, pues justo durante esos días la primavera estaba en su apogeo, y los majestuosos e imponentes árboles de cerezo pintaban de un intenso color rosa la gran mayoría de calles, parques y templos de Kioto. Debo aceptar que fue mi primer año en esa magnífica y ancestral ciudad el tiempo que más atesoro de todos los años que llevo aquí. Cada día que pasaba era de descubrimiento, de nuevas experiencias, de total asombro, simplemente de frenesí. Para mí todo era nuevo: el clima, los paisajes, la arquitectura, la comida, el lenguaje, etc. Estaba muy equivocado al pensar que conocía bastante sobre Japón, pues fue hasta estar ahí que me di cuenta que era mucho, muchísimo mejor de lo que jamás me había imaginado.

Después de 6 meses de dedicarme principalmente al estudio del lenguaje y de la cultura del país, inicié mi maestría en administración de empresas (o “MBA”, por sus siglas en inglés) en la Universidad de Doshisha, una de las pocas universidades cristianas de Japón y una de las más reconocidas de la región. Los 2 años y medio que duraron mis estudios en Kioto estuvieron repletos de difíciles retos y problemas, pero también de muchos logros y satisfacciones. Tuve la dicha de estudiar al lado de gente realmente fascinante, muchos de ellos amigos con los que compartimos momentos que llevaré por siempre en mi corazón. No sólo tuve la dicha de adquirir innumerables y valiosos conocimientos a través de los excelentes profesores de la universidad, sino que también a través de mis compañeros de maestría, pues gracias a sus tan variadas formas de pensar, perspectivas y personalidades, aprendí a adaptarme y a desenvolverme en un ámbito internacional y multicultural. En lo personal, fueron las amistades que forjé y las experiencias que viví junto a esas personas las más gratificantes e invaluable recompensas que mi paso por Kioto trajeron a mi vida.

Después de graduarme a finales del 2015, dejé el área de Kansai y me mudé hacia el norte del país al área de Kanto, específicamente a la ciudad de Kawasaki. Si bien había alcanzado mis objetivos en el ámbito académico, nuevamente mi ambición me llevó a ponerme un desafío mucho mayor: probar suerte en el ámbito laboral en Japón. Después de una larga y agotadora búsqueda de trabajo (“shuukatsu”, como le llaman en Japón) tuve la gran suerte de haber encontrado un trabajo en Mitsubishi FUSO, empresa perteneciente al grupo alemán DAIMLER (los mismos dueños de Mercedes Benz).





Debido a mis conocimientos en contabilidad y auditoría, y complementados con los conocimientos en administración y gestión financiera que adquirí a través de mi maestría, fui asignado al departamento de Finanzas de esta compañía. Gracias a mi previa experiencia en la Universidad de Doshisha, ya estaba muy acostumbrado a trabajar en un ambiente multicultural, por lo que no me resultó difícil adaptarme al dinámico ritmo y particular estilo de trabajo de mi empresa, en la cual tengo nuevamente la oportunidad de interactuar no sólo con japoneses, sino que también con personas de muchísimos otros países.

Han pasado 2 años y medio ya desde que me mudé a esta región de Japón, y en este tiempo he podido realmente darme cuenta de cuán diferente es Kioto de Tokio. Mientras la primera muestra la cara más tradicional, cultural y serena de Japón, la segunda muestra su cara más moderna, tecnológica y ajetreada. Sin embargo, aquí también he tenido la dicha de visitar lugares fascinantes, de conocer a muchas más personas (¡incluyendo a muchos más salvadoreños que viven aquí!) y de conocer más a fondo la sociedad japonesa.

Ciertamente no puedo evitar sentir nostalgia al ver hacia atrás y evocar todos esos recuerdos que he acumulado desde que vine a Japón... Pero tampoco puedo evitar sentir una desmesurada e incontrolable emoción al pensar qué me depara el futuro dentro de este siempre magnífico e intrigante país.